



tros, ayudando los efectos del viento á los planes del enemigo. Atacados así uno á uno los buques españoles, fueron todos destruidos ó capturados, salvo cuatro navíos y seis fragatas que se refugiaron en el puerto de la Valette. Castañeda quedó herido y prisionero despues de haber combatido con honor. Pasado el hecho, el almirante inglés escribió al marqués de Lede acusando de la primera agresion á los españoles, y pretendiendo que el anterior accidente no debía considerarse como acto de guerra entre las dos naciones: falsedad lo primero y argucia lo segundo.

Seguían entretanto las negociaciones de paz, habiéndose unido en Madrid á Stanhope el ministro plenipotenciario francés, marqués de Nancré, y dando Alberoni oído á todos con su acostumbrado disimulo, si bien altivo y dispuesto siempre á la guerra. El rey de Inglaterra, primero por el arcaduz del regente y luego por boca de su ministro, ofreció restituir á Gibraltar con tal que Felipe accediese á la cuádruple alianza; pero éste rechazó la oferta, manifestando su disgusto por lo que concluyeron los aliados. Estos presentaron para la final accesor un término de tres meses, amenazando con que al espirar dicho término recurrirían á las armas, y Felipe por su parte prometió no dejarlas interin no pasasen á su poder las islas de Sicilia y Cerdeña y el emperador no limitase el número de sus tropas en Italia é indemnizase á la casa de Saboya por la pérdida de la Sicilia.

De resultas de la expedición de Sicilia y de su desastroso éxito, armóse gran tumulto de quejas y recriminaciones por una y otra parte: quejóse España á los ingleses de lo hecho por el almirante Byng; quejóse el Saboyano á los aliados de lo intentado por España; nuestro gobierno respondía con excusas y con nuevas acusaciones, y los espíritus se iban agriando cada vez más con aquella cábala diplomática. Alberoni, resuelto con mucho vigor á la hostilidad, solicitó á las potencias del Norte contra la Inglaterra, uniéndolas para que mejor sirvieran á su encono y concertando con ellas que harían una invasion en Alemania, acometerían por dos partes á la Gran Bretaña llevan-

do la voz del pretendiente, y caerían luego sobre Francia para sostener allí los derechos que alegaba Felipe. Mientras no llegaba este caso, Alberoni, puesto en relacion con la duquesa del Maine, hija de Condé, formó en el vecino reino una vasta y bien concertada conspiracion, algo vaga en sus fines, pero muy poderosa en sus medios: proponíase por ella apoderarse de la persona del regente, poner en su lugar, ó tal vez en el trono, á Felipe V, remediar por medio de acertadas innovaciones la decadencia del vecino reino, y separarlo de la alianza de los ingleses é imperiales. Por una de esas casualidades tan comunes en semejantes casos, descubrióse la conspiracion precisamente cuando ya estaba próxima á estallar: hiciéronse muchas prisiones de muy altos personajes, establecióse un tribunal especial para conocer del hecho, pasáronse notas á todos los gabinetes, y Felipe V vió descubierta á la faz de la Europa la hilaza de sus planes. Conoció entonces que no le quedaba otro recurso sino el seguir adelante y continuar al descubierto el trabajo que había emprendido en las tinieblas: publicó un manifiesto sobre las razones de su conducta, prendió y expulsó al embajador francés, y de allá le contestaron acusándolo de falsía y declarándole resueltamente la guerra (9 de Enero de 1719).

Aceptáronla con muy buen ánimo los nuestros, arrimando á la frontera su ejército repartido en tres divisiones, á cuyos frentes marchaba el rey, la reina y el cardenal. El regente, por el contrario, no halló en los suyos la decision que esperaba en pró de su causa: díjale á muchos guerrear contra un soberano de nacion francés como ellos; muchos de los oficiales habían entrado en la pasada conjuracion, y si el duque de Berwick había aceptado el mando de las tropas, era porque Villars, guerrero anciano y bien acreditado, se había negado á dirigir las armas contra un miembro de la familia de sus reyes. El duque de Berwick era el más apto para tal empeño, por cuanto había estado otras veces en España y conocía tan bien como el que más su terreno y su gente; pero á la verdad era indecoroso que viniera á lidiar contra españoles un general español,



grande de España, y cuyo hijo el duque de Liria militaba por aquella sazón en nuestras filas.

Esperaba Felipe que su presencia y sus escritos bastarian para introducir la desercion en las huestes enemigas; pero á pesar de sus presunciones, bajo cierto punto de vista fundadas, no fué así. Los franceses pasaron la frontera en número de treinta mil hombres, y una escuadra inglesa favorecía sus operaciones costeadando aquella marina: ocuparon el puerto de Pasages y tomaron á Fuenterrabía y San Sebastian, despues de haberse defendido muy bien ambas plazas y sufrido la segunda un bombardeo de cuarenta dias. En seguida, mientras Felipe estaba resguardado en Pamplona, entró de nuevo en Francia Berwick y pasó otra vez la frontera por la parte de Cataluña, rindiendo la plaza de Urgel y amenazando la de Rosas; pero el ejército castellano, marchando en direccion paralela al suyo, salvó esta última plaza y obligó al francés á la retirada.

Fracasó asimismo por muerte del rey de Suecia é intimidamiento del ruso la combinacion con las potencias del Norte contra Inglaterra, quedando tambien por este lado nuestra nacion aislada y comprometida. Los ingleses en venganza hicieron con su escuadra mucho estrago en las costas de Galicia. Alberoni, por su parte, había dirigido contra las Islas Británicas una expedición en la cual iba el mismo pretendiente, pero que destrozada por una tempestad sobre el cabo de Finisterre, quedó reducida á dos fragatas que llegaron á su destino, y no hicieron cosa de momento. Tambien fracasó por celos y amenazas del regente otro proyecto contra Bretaña.

En Sicilia estaba el marqués de Lede muy quebrantado por la pérdida de su armada y por el turbion de enemigos que se le venía encima: Víctor Amadeo se había adherido á la cuádruple alianza y cedido la Sicilia al emperador, y éste, desembarazado ya de su lucha contra húngaros y turcos, había enviado considerables fuerzas á la península italiana. Ningun socorro podia ir de España que no cayese en poder de los buques ingleses, que cruzaban sin cesar por aquellas aguas. Así fué que los nues-

tros desistieron del sitio de Melazzo, perdieron á Mesina y Trápani, y se encerraron en las plazas que quedaban por ellos en la isla.

Holanda, decidida por este cambio de la suerte, accedió tambien á la cuádruple alianza, y Felipe, á quien se concedió con este motivo otro plazo de tres meses para aceptar el convenio de los aliados, se vió ya en el caso de promover negociaciones de paz.

Pero aquéllos se negaron á entrar en ellas, como no precediese á los tratos la caída de Alberoni, del cual desconfiaban para todo. Por influjo de los extranjeros y aun de sus mismos enemigos de por acá, armóse contra el ministro una gran máquina de maledicencia y de intrigas. El confesor Daubenton, resentido con el cardenal y esperanzado en conseguir un capelo, influyó mucho en el ánimo del rey contra el favorito, secundando sus esfuerzos Riperdá y otros muchos agraviados ó envidiosos. Hicieron lo mismo cerca de la reina Laura Piscatori, el marqués de Scotti, enviado para ello por el duque de Parma, y el mismo duque, en fin, que movido por los ingleses, escribió á su sobrina la reina de España contra Alberoni. Este cayó en fin derribado á impulso de tantos y tan tenaces enemigos, y derribado por la intriga, como herido por la Providecía con la misma arma en cuyo manejo se mostró tan hábil. Despues de una conversacion con los soberanos, en la que no le dieron á entender nada del mal que se le tenía prevenido, recibió una orden el día 6 de Diciembre de 1719 para salir de Madrid en el término de ocho dias y del reino en el término de tres semanas. El espíritu público, que tan adverso le había sido durante su privanza, se tornó tan en su favor ahora, que receloso Felipe V, lo hizo salir de Madrid un dia antes del término señalado, y alcanzarle en Lérida por un oficial que revolvió todos sus papeles, y le quitó algunos, con muy poco miramiento á su desgracia.

Despues de haber sido salteado por unos mi-gueletes, y pasado todavía hartas penalidades en España, salió de ella á favor de un disfraz, huyendo el cuerpo de este modo al mal trato con que le amenazaba el odio de los catalanes. Embarcóse en Antibes para Génova, desde donde





se le negó la entrada en los Estados-Pontificios, no siéndole abierto aquel territorio hasta la muerte de Clemente XI. El odio de Felipe lo persiguió por todo el resto de su vida, acarreándole muchos sinsabores: él respondió á la acusación que ante la Santa Sede presentó contra él el rey de España, con una brillante apología. No se pudo lograr de los cardenales que lo exhonerasen de su dignidad. Permaneció por algun tiempo retirado en Lugano, pequeña aldea de los Apeninos, viviendo modesta y religiosamente. Asistió al cónclave donde fué elegido Inocencio XIII, y más tranquilo de allí en adelante, obtuvo alguna protección de parte de Francia, y Benedicto XIV le confió, por último, la vicelegación de Rumania, donde terminó su vida haciendo ejecutar obras útiles, y haciendo brillar de cuando en cuando algun estallido de su anterior y maliciosa política.

Su administración en España no mereció por cierto el encono con que lo trató Felipe V: le era muy servicial y adicto; tenía grandes dotes de gobierno y de diplomacia, á pesar de su doblez y supercherías; y en cuanto á lo malo que hizo, quéjense más bien los extraños á quienes engañó repetidas veces; quéjense más bien los súbditos á quienes ligó con más fuertes lazos bajo el yugo del soberano, que no el rey, en cuyo servicio y con la mejor intención lo hizo todo. Su gobierno, desgraciado á la verdad y fecundo en empresas desconcertadas, porque en Alberoni había más talento que grandeza, más energía que magnanimidad y más deseo de servir á los reyes que á la nación, está señalado, sin embargo, por una porción de reformas útiles. Fué sin duda el privado de más capacidad y de mejores intenciones que había manejado los destinos de España desde que entró á reinar en ella la dinastía austriaca. La nación se portó con él con más justicia que el rey.

Lisonjeábanse los aliados de que con la caída de Alberoni se habían removido todos los obstáculos para la paz; pero, lejos de eso, Felipe solo se avino á las propuestas de la cuádruple alianza con mucho trabajo, sintiendo perder en un momento todo el fruto de sus anteriores tentativas. Y así fué, sin embargo;

el rey de España, después de haberse mostrado no ménos exigente que lo había sido su ministro, cedió al fin á la fuerza de la necesidad y al influjo que ejercían sobre él los aliados por medio de algunas personas de su cámara, entre ellas su mismo confesor el jesuita Dautenton, y se convino con la cuádruple alianza de un modo no muy ventajoso por nuestra parte. Renunció Felipe á la corona de Francia, á las islas de Sicilia y Cerdeña, que cada una de ellas se determinó volviese á poder de su monarca anterior, y en general á todas las tierras que por la paz de Utrecht habían sido segregadas de su dominio; en cambio se aseguró á los hijos de su segunda mujer la sucesión á los ducados de Parma y Toscana, con tal que éstos no fuesen incorporados á nuestra corona, y el emperador renunció á su título y pretensiones de rey de España. En cuanto á Gibraltar, cuya restitución habían ofrecido los ingleses y solicitado Felipe por conducto del regente, que era quien, con autorización de aquéllos, había empeñado su palabra para tal entrega, consideró el gobierno británico como una plaza demasiado importante para deshacerse de ella sin mucho aprieto, y evadió la cesión, después de haber sostenido sobre el asunto largas negociaciones y disputas. Tal fué el escaso fruto que se reportó de aquellas intentonas de engrandecimiento en Italia, sugestión de la reina y trabajo principal de la administración. Quedó con esto España, si no contáramos entre sus pérdidas las de Gibraltar y la de Menorca, ceñida á líneas de posesión que eran casi sus límites naturales, y de las que nunca debiera haber salido, á no ser por las fronteras de Portugal y por la parte del Estrecho. En el congreso de Cambray, celebrado en 1722, se afianzaron las disposiciones antedichas por una parte, y por otra estalló Felipe en comedia queja contra el emperador, el cual, si bien reconocía el derecho de sucesión eventual de los hijos de Isabel Farnesio al dominio de los Estados de Parma y Toscana, consideraba no obstante dichos Estados como feudatarios de su corona imperial, contra lo capitulado en los acuerdos de la cuádruple alianza. Así quedó por entonces el asunto.



Otro de los que ocuparon por estos tiempos la atención de nuestro gobierno, ya fuese empresa de conveniencia ó de consuelo, fué una expedición contra los moros de Africa, que hacía muchos años no dejaban de hostilizar á Ceuta, y aún tenían establecido sobre ella un largo y molesto sitio en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres. Ayudaban á los africanos algunos ingenieros de Europa, con lo cual iban mejor encaminadas sus operaciones y trabajos, y el cerco tomaba cada vez un carácter más alarmante. A fines de 1720, salió de Cádiz una expedición mandada por el marqués de Lede y compuesta de diez y seis mil hombres de armas, los mismos que en Sicilia habían hecho guerra contra piamonteses y alemanes, y después habían salido de allí en virtud de los pactos admitidos por nuestro rey: efectuó el desembarco en tierra de Africa, forzó el campamento de los sitiadores, y en breves días toda aquella inmensa caterva de moros se vió forzada á desalojar y retirarse á Tetuan y Argel, perdiendo todos sus trabajos y dejando en poder del vencedor todos sus pertrechos, viveres y habitaciones. Supo Felipe la noticia con grande alegría, que expresó remitiendo al papa un estandarte de los ganados á los bárbaros, y asistiendo por primera vez á un auto de fé, de cuya ceremonia había abominado mucho en otro tiempo. Cumplía después de lo hecho avanzar sobre Tetuan; pero sea porque el rey de España no tuviese confianza en la cantidad de fuerzas dispuestas para aquel empeño, sea porque Inglaterra interviniese para cortar nuestros progresos en este sentido, temerosa de que con nuestro ensanchamiento por la parte de Africa, quedase Gibraltar demasiado apretada entre posesiones españolas, ello es que la expedición de Africa se limitó á lo conseguido, y á fortificar con nuevos reparos la plaza de Ceuta, sin contar con que de este modo se perdería un gran trozo de terreno adquirido en el litoral hasta Túnez, y que sólo una tempestad prestó la salvación á las costas meridionales de España, destrozando una escuadra de moros que contra ellas se dirigían estimulados por la afrenta de la pasada rota. Baste lo dicho sobre el armamento en cuestión, venturoso á la

verdad, si bien no tan brillante en sus efectos como debiera.

Continuaban entretanto las negociaciones diplomáticas, las luchas y las evasivas, sin que á Felipe V valiese el haber satisfecho todas las condiciones que se exigieron de él, y mirábase las cortes de reojo, temerosa cada cual de las otras, cuando un acontecimiento inesperado, seguido de otro más inesperado aún, vino á dar distinto giro á las cosas, divirtiendo según otro rumbo los temores y las esperanzas.

Aunque el rey de Francia Luis XV había llegado á su mayoría según las leyes francesas, como éstas la fijan en una edad muy temprana, y el nuevo rey no pecaba tampoco de precoz, el duque de Orleans seguía ejerciendo la misma autoridad que antes, no ya bajo el título de regente, sino bajo el más modesto de ministro de la corona. Pero avínole la muerte, y con él murió su política de rivalidad con Felipe V, quedando el cetro del vecino reino encomendado sin más ayuda á las flojas manos de un adolescente enfermizo y torpe.

Hasta entonces las dos cortes de España y Francia habían estado separadas por una barrera de frialdad, no sólo por el desapego que reinaba entre el de Orleans y Felipe V, cuanto por mútuo interés en no excitar con su unión los celos de la Inglaterra. No habían sido parte á establecer una sincera reconciliación entre uno y otro los matrimonios concertados de don Luis, príncipe de Asturias, con doña Luisa Isabel, hija del regente, y de Luis XV con la infanta María Ana, hija del rey de España y de Isabel Farnesio. Efectuóse el primer matrimonio, con grandes festejos y demostraciones de alegría por parte de Felipe; pero con alguna displicencia de la nación, á quien sabía mal ver que la sangre de sus reyes había de correr mezclada con la de una rama bastarda. En cuanto al segundo matrimonio, siendo de muy tierna edad los dos prometidos, era muy probable que no llegara á consumarse, á pesar de las ambiciosas ilusiones de la reina, gozosa de ver á su hija destinada á colocarse en el trono de Francia, con cuyo motivo el sagaz Villars cumplimentó irónicamente al duque de Orleans





en estos términos: «Permitidme, señor duque, que os felicite como al príncipe más diestro de la tierra. Richelieu y Mazarini, esos dos grandes hombres de estado, no pudieron concebir un proyecto como el vuestro. Cumpliendo el 10 de Diciembre de 1721 el príncipe de Asturias catorce años y diez la señorita de Montpensier, prometen una sucesion más numerosa que la que podemos esperar de la infanta.»

En nuestra corte había sucedido á Alberoni, si no en el cargo á lo menos en el poder, el P. Daubenton, que despues de haber secundado una porcion de intrigas y servido mal la causa que tuvo á su cargo, fué sorprendido por la muerte al mismo tiempo que por la noticia de su desgracia.

Sucedióle en la autoridad con mejores títulos el marqués de Grimaldo, hombre de oscuros principios y de modales complacientes, no muy capaz, pero tampoco muy malvado; de la condicion, en fin, de las medianías. En tiempo de éste fué cuando ocurrió la abdicacion de Felipe V: comunicó su proyecto en primer lugar al príncipe de Asturias, su hijo, y en segundo lugar al Consejo de Castilla. Pronto fué hecha pública la renuncia y aceptada por el príncipe en igual forma, que desde entonces empezó á reinar con el título de Luis I, siendo proclamado rey de España en Madrid el día 9 de Febrero de 1724. Su padre se reservó una pension anual de cuatrocientos ochenta mil duros, reversible despues de su muerte á la reina: la pension de los infantes se había fijado en ochenta mil duros y en cuarenta mil la de las infantas, destinándose además una gruesa suma para concluir los trabajos de San Ildefonso. Este Real Sitio es uno de los recuerdos más bellos que nos quedan del reinado de Felipe V: construyólo en competencia con el Pardo y demás reales sitios construidos y frecuentados por los reyes de la casa de Austria, y solíalo llamar con razon el pequeño Versailles. Descubrió un día, cazando por los contornos de Balsain, un ameno sitio llamado la Florida, cercano á una hacienda, conocida con el nombre de la Granja, y perteneciente á los Jerónimos de Segovia.

Compró el rey la Granja en 1720, y empezó á hacer allí las construcciones para su futura residencia, que hoy admiramos por la feliz combinacion que reina en ella de la naturaleza y del arte. Lleváronse adelante los trabajos con tanto ardor, que en ménos de cuatro años se consumieron allí más de veinticuatro millones de duros, y el complaciente Alberoni solia decir á la reina Doña Isabel Farnesio al acceder á sus exigencias pecuniarias, que en más estimaba ella ser condesa de San Ildefonso que reina de España. El nombre de San Ildefonso le había venido al nuevo palacio de resultas de una pequeña iglesia que allí se hablaba con la advocacion de este santo.

Mucho y de diferentes maneras han hablado los historiadores sobre esta abdicacion de Felipe V, hecha poco despues de la muerte del regente: atribúyenla unos á las esperanzas que él no dejaba de mantener de sentarse en el trono de Francia, y que para ello había querido remover el estorbo de la corona de España: otros, á mi parecer con más fundamento, hacen dudar el proyecto desde mucho tiempo antes, suponiendo que Felipe tuvo idea de renunciar su corona en el archiduque, movido por los escrúpulos de que hubiese sido ilegal el testamento de Carlos II, y dicen que en la presente ocasion bajó el rey del trono, impulsado á ello por su carácter apático y melancólico y la enfermedad de languidez que hacia tiempo le aquejaba.

Probable es tambien que todas estas causas se reuniesen para trabajar en pro de un mismo efecto.

Así satisfacía á la vez las tentaciones de su ambicion, los escrúpulos de su conciencia y el fastidio de su carácter. De todos modos, la resolucion de Felipe V, aunque hubiése sido sincera en el acto de consumarla, no duró mucho: desde su retiro de San Ildefonso, solicitado á la verdad por su esposa, conservaba frecuentes relaciones con sus amigos de Francia, declaraba intenciones de suceder á Luis XV en la soberanía de aquel reino, y en la misma España, despues de la muerte de Luis I, no anduvo muy reacio para volver á ocupar el trono.

En los últimos años del reinado de Felipe V



resintióse la marcha de los negocios de la indolencia é hipocondría del monarca. Mientras éste hacia una vida solitaria y monótona, los ministros acumularon sobre sí todo el poder dándole visos de arbitrariedad, decayó la in-

fluencia de los consejos, y la grandeza de España se vió más apartada que nunca de los negocios. La autoridad no fué ya cuestion de clases, sino de personalidades, y se fué aflojando el gran nudo del interés comun.

CAPITULO V